

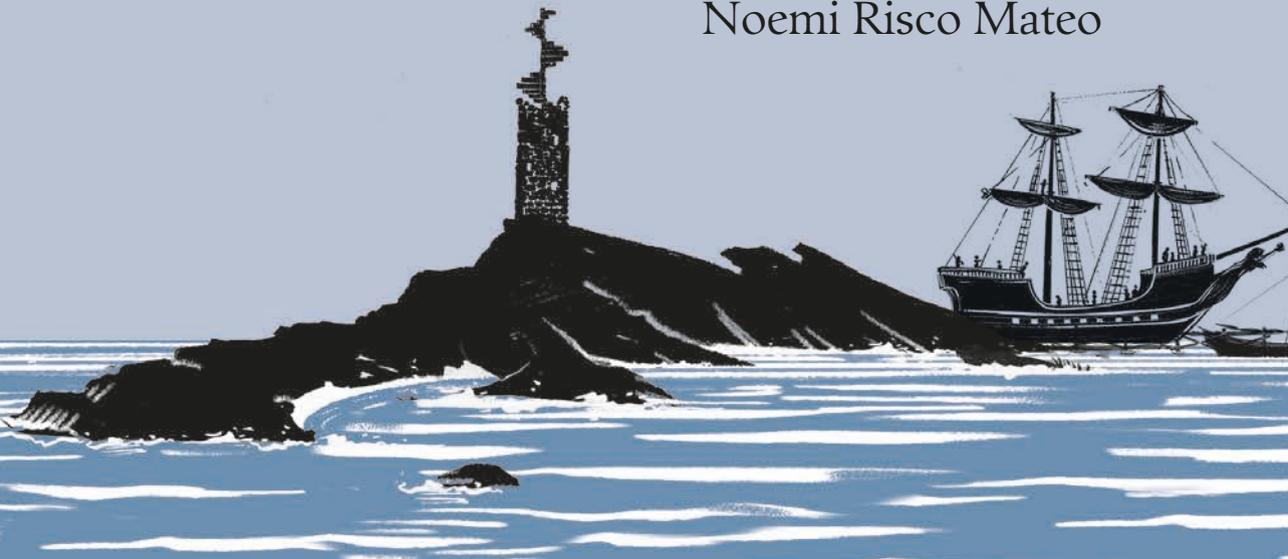


FRANCES HARDINGE

LA ISLA *de los* SUSURROS

Ilustraciones de
Emily Gravett

Traducción de
Noemi Risco Mateo



Editorial Bambú es un sello de Editorial Casals, SA

Publicado por primera vez en 2023 por Two Hoots, un sello de Pan Macmillan

Título original: *Island of Whispers*

© 2023, Frances Hardinge, por el texto
© 2023, Emily Gravett, por las ilustraciones de cubierta e interior
© 2024, Noemi Risco Mateo, por la traducción
© 2024, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-8343-978-4

Depósito legal: B-11747-2024

Printed in Spain

Impreso en Índice, SL

Calle D, 36 Sector C, 08040 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro procede
de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).





ÍNDICE

LOS ZAPATOS AZULES	9
LA YEGUA GRIS	24
LA LETRA NEGRA COMO EL HOLLÍN	41
LA PUERTA CLARA	58
LAS ARENAS PLATEADAS	75
EL FIN DE AÑIL, LA ETERNIDAD DE BLANCO	93
LA HIERBA VERDE	114



LOS ZAPATOS AZULES



La mañana tras la muerte de la hija pequeña del lord, su esposa fue a visitar al barquero. Se había empolvado las mejillas cubiertas por lágrimas, pero aún tenía los ojos rojos cuando entregó los zapatos de su niña.

–Cuídela –fue lo único que dijo.

Las familias a veces decían cosas como esa y el padre de Milo siempre daba la misma respuesta:

–Velaré por su seguridad durante el viaje.

El padre de Milo no hablaba mucho; sin embargo, la gente sentía que podía confiar en él. No era más que un viejo barquero canoso, pero

tenía serenidad, una estricta calma en los ojos como la del cielo en las tardes de invierno. La mujer intentó sonreír, intentó hablar, pero no lo consiguió y se marchó.

Los zapatos eran finos y azules, con hebillas de latón y arañazos en las puntas.

«Catorce años –pensó Milo–. Igual que yo». Se imaginó los dedos de la chica apretando la correa más larga, arrugando el cuero un poco más cada día. Se imaginó sus estrechos pies dando pasos impacientes y despreocupados.

–¿Está aquí? –no pudo evitar preguntar.

–Ya viene –respondió su padre, mirando por la ventana.

Milo se acercó a su padre y se quedó contemplando la luz gris de la mañana. Había dos senderos que conducían a la casa. Uno estaba salpicado de arena blanca, sal y rocas con símbolos esculpidos, para que los vivos pudieran recorrerlo sin temor. Todavía se veía a la mujer alejándose por allí a toda prisa, con el grueso mantón cubriéndole la cabeza gacha. El otro sendero era de piedra gris y ceniza y estaba empapado por la lluvia nocturna. Al principio, Milo no vio a nadie por el sendero gris, pero sabía que su padre nunca se equivocaba.

Treinta y cinco años como barquero le habían otorgado ese instinto para los muertos.

Milo parpadeó y, cuando volvió a abrir los ojos, le pareció haber visto algo. O quizá se lo había imaginado. Una figura delgada llevada por el viento, envuelta en algo oscuro que le arrastraba, con los pies blancos descalzos en contraste con el sendero gris...

–No mires –dijo su padre, cerrando los postigos.

–¿Los pongo con los otros? –preguntó Leif, el hermano mayor de Milo, cogiendo los zapatos por las correas con una indiferencia que hizo estremecer a Milo.

–¡Déjame hacerlo a mí! –pidió el chico sorprendiéndose a sí mismo.

–No. –El tono de su padre tenía una firmeza fuerte, tranquila.

Milo sabía por qué lo decía su padre, habían hablado bastante de ello.

«No es solo porque Leif sea mayor –le había dicho una vez su padre, con su característico tono seco y sincero–. No tienes madera de barquero, ni siquiera de ayudante de barquero. Leif puede mantener la cabeza despejada y tú no. Temo que bajes la guardia».

Milo sintió su habitual ola de frustración e incompetencia. Su padre tenía razón: no podías bajar la guardia cuando transportabas a los muertos. Hacía falta estar alerta para ver cuándo se acercaban, pero también era peligroso estar demasiado pendiente de ellos. Si te hacías preguntas sobre ellos o te imaginabas lo que debían de sentir, quedabas expuesto. Tu mente podía empezar a captar sus voces, a llenar los huecos y entender sus palabras. La curiosidad podía atraer tu mirada hacia ellos y echar un simple vistazo fatal...

Milo sabía todo esto, pero no podía evitarlo. En presencia de los muertos, su mente se descontrolaba, empezaba a preguntarse cosas, a imaginarse historias y crear imágenes.

Leif, en cambio, era alto, fuerte y no tenía imaginación. Había nacido un día tranquilo bajo un cielo azul de primavera, y a lo mejor por eso todos los días eran tranquilos para él. Parecía no perder nunca los estribos, ni siquiera cuando se hallaba en una pelea. Milo a veces pensaba que habría sido un buen caballo de batalla, afable y resuelto incluso cuando los cañones retumbaran por todas partes.

El muchacho permaneció callado mientras Leif se marchaba con los zapatos y siguió sin pronunciar palabra durante la siguiente media hora.

–Deja de pensar en ello –dijo su padre.

Pero Milo no podía olvidarse de la chica muerta. Pensaba en ella caminando descalza detrás de Leif, incapaz de resistirse a la llamada de sus zapatos, y se preguntaba si sentiría frío.



Todo el mundo coincidía en que la niebla era lo que impedía que los muertos abandonaran la isla de Merlank. En el resto del mundo la gente se desprendía de sus cuerpos como mariposas que dejan atrás sus capullos y los espíritus partían de manera invisible. Pero en Merlank se quedaban.

Hasta a los vivos a veces les costaba no escuchar las brumas y la apenas perceptible orquesta de casi sonidos. Pero los oídos de los vivos tenían muchas otras cosas que escuchar, como la mar serena de su propia respiración, el cálido tamborileo de sus corazones y los mil pequeños chasquidos y corrientes en sus cuerpos susurrantes. Los muertos no tenían tales distracciones. Tal vez oían todo lo que decía la niebla, permanecían allí demasiado tiempo y se les pasaba el momento en el que debían partir.

Después de una muerte, era fundamental que los zapatos de los muertos se entregaran al barquero lo antes posible. Si no se hacía, los zapatos entonces desaparecían enseguida al reclamarlos su pro-

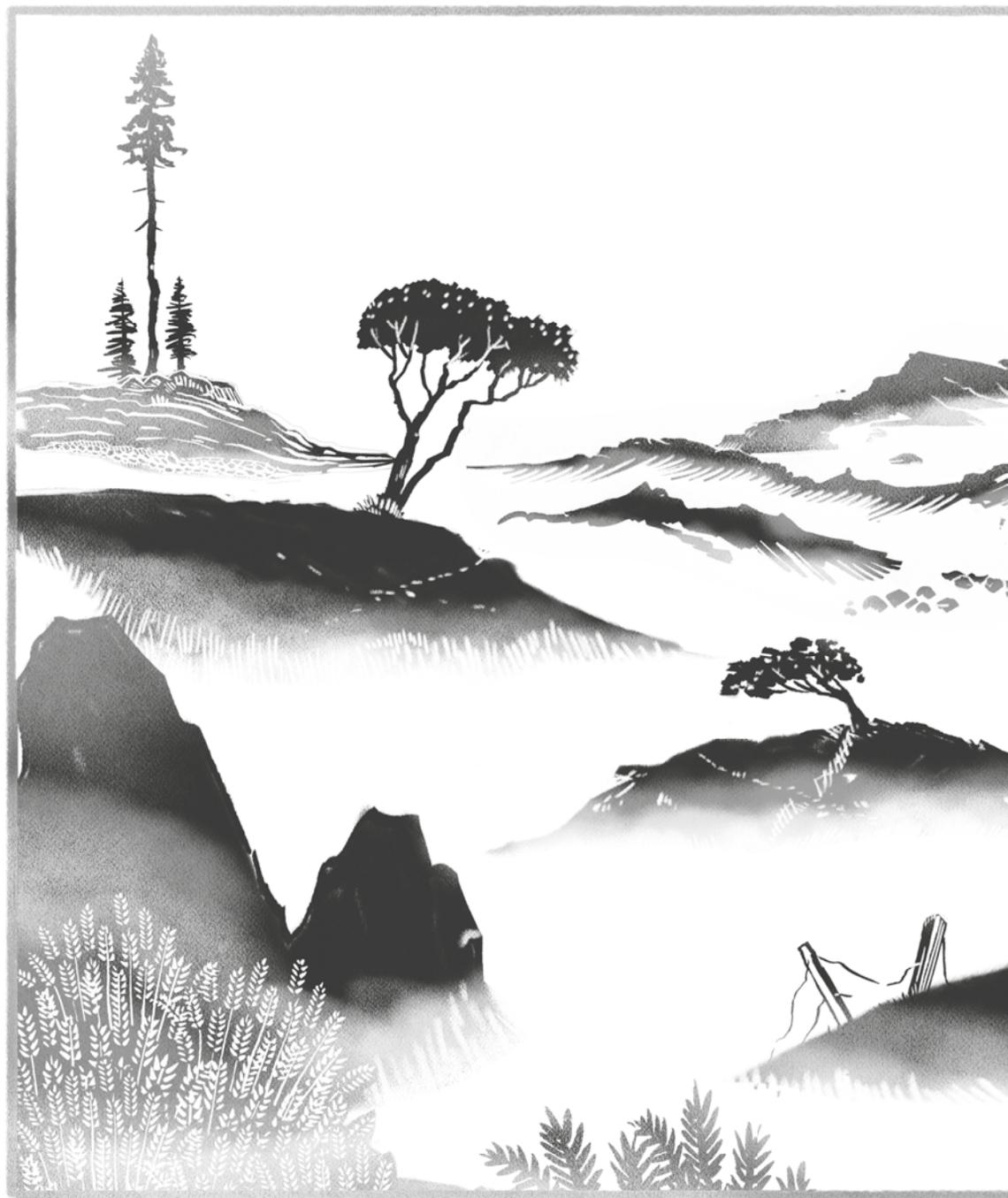
pietario; y, en cuanto los muertos tenían sus zapatos, no había nada que les impidiera vagar por la isla.

Se los sentía, pero rara vez se los veía deambular. Dejaban el rastro de nuevos senderos por los cultivos o marcas a orillas del río. Se colaban por las verjas y torcían los postes. No podían encontrar lo que buscaban, así que caminaban y caminaban formando rutas obsesivas que se entrecruzaban. Y allí por donde andaban, la hierba poco a poco se iba secando, los cultivos se marchitaban, la fruta se mustiaba y los peces morían.

Hasta el verlos podía matarte. Cualquiera lo bastante desafortunado para encontrarse cara a cara con un muerto y mirarle a los ojos podía enfermar o morir inmediatamente.

Era tarea del barquero ayudar a los muertos errantes y llevarlos a la isla de la Torre Rota, el lugar desde el que podían avanzar. Aquel era el único cometido del barquero, pero se trataba de un trabajo esencial, y todo el mundo sabía, aunque nadie lo decía, que el padre de Milo algún día no podría hacerlo. Últimamente le costaba más respirar, le costaba más hablar y hasta caminar, y tenía una joroba que Milo no recordaba haber visto cuando era más joven.

Todos intuían que Leif asumiría el cargo cuando llegase el momento. De todos modos, Milo no estaba seguro de querer ser barquero, pero





odiaba no ser capaz de ayudar en nada importante. Le hacía sentirse un inútil, el único miembro de la familia demasiado débil para llevar su parte de la carga.



Aquella tarde, cuando la puesta de sol había adquirido el tono del jasmón, el mismísimo lord llegó reclamando los zapatos de su hija. Los parientes de los difuntos a veces lo hacían cuando no estaban preparados para despedirse. Sin embargo, por lo general era un niño o un adolescente enamorado, no el lord de Merlank, con su túnica, sus cadenas doradas y los guantes de piel de foca.

Milo observó por una ventana cómo su padre y su hermano salían para encontrarse con el lord.

–Ha habido una equivocación –dijo el lord con una sonrisa tensa que le debió de hacer daño en la cara–. Mi esposa ha cometido un error. Mi hija no está muerta, tan solo muy enferma. Necesito recuperar sus zapatos. Son sus preferidos.

–Nadie ha cometido ningún error –respondió el padre de Milo con compostura. No era cruel, pero ni se inmutaba con la verdad–. Su hija vino a nosotros esta mañana, descalza en la niebla. Está preparada para el viaje.

–Yo decidiré cuándo está preparada –replicó el lord–. Tengo médicos..., hombres expertos..., personas que pueden ayudarla.

–¿Magos? –El padre de Milo frunció el ceño por primera vez–. ¿Confía el alma de su hija a las promesas de practicantes de las artes oscuras?

Sin armar escándalo, Leif se colocó junto a su padre de forma protectora. Milo vaciló, preguntándose si debía salir y unirse a ellos como muestra de fuerza. Pero el mismo lord no era joven ni fuerte, y tras él había cuatro hombres altos, vestidos con librea, con espadas en sus cinturones.

–Tú danos los zapatos –dijo el lord– y ya veremos lo que podemos hacer. Si no funciona, los volveremos a traer dentro de unos días.

–No –se opuso el barquero–. Parto esta noche. La luna es la adecuada, el mar está en calma y hay cinco fantasmas aguardando. Puede que sea la última oportunidad antes del invierno.

–No puedo permitirlo –dijo el lord con un brillo de dolor en los ojos.

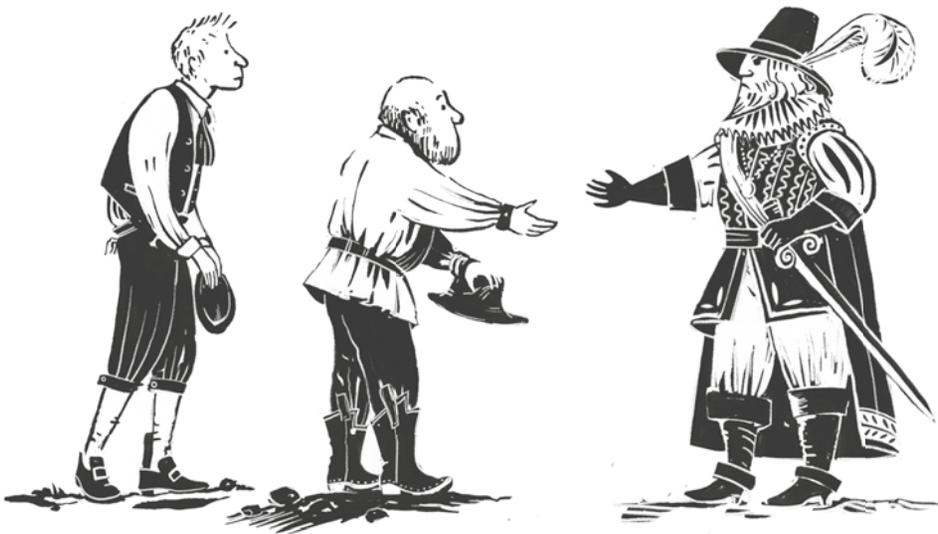
Milo se quedó mirando mientras desenvainaban las espadas. Cuando los hombres del lord se acercaron a Leif y al barquero, Milo bus-

có en la cocina, desesperado. ¿Qué podía usar como arma? Al coger una escoba, oyó un grito en el exterior.

Por la ventana vio que tres de los hombres habían sujetado a Leif contra el suelo. El cuarto estaba sobre la figura postrada inmóvil del barquero.

–¡Apenas lo he tocado! –protestó el cuarto–. ¡Intentó golpearme! Falló, se cayó y...

–¡Tranquilízate! –exclamó el lord con urgencia–. ¡Registra la casa y encuentra los zapatos de mi hija! El barquero tenía otro hijo, ¿no? ¡Tenemos que capturar también a ese chico!



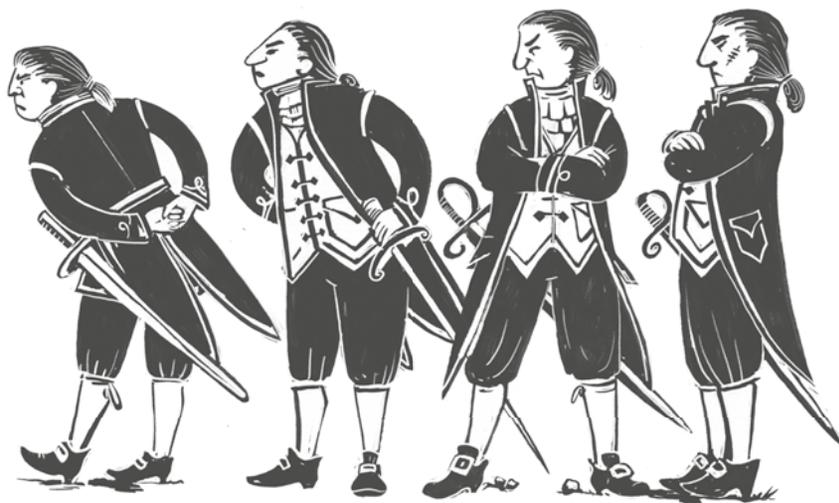
«El barquero tenía otro hijo».

«Tenía».

Milo lo entendió con esa única palabra. Su padre no estaba inconsciente. Estaba muerto. La escoba, pesada e inútil en las manos de Milo, con la madera resbaladiza por el sudor de sus palmas, cayó al suelo.

–¡Dejad a mi hermano en paz! –gritó Leif bajo sus atacantes–. ¡No es más que un crío, no sabe nada! ¡Yo os traeré los zapatos!

Los hombres del lord le pusieron de pie y le ataron las manos a la espalda.



«¡No puedes hacerlo!», pensó Milo, que quería gritar a su hermano. Pero algo en el rostro terco de Leif lo acalló. «No lo vas a hacer –se dio cuenta Milo con una certeza repentina–. No les vas a entregar los zapatos».

En efecto, Leif llevó al lord y a sus hombres en otra dirección, y Milo supuso por qué las visitas estaban tan impacientes por marcharse. Según lo que él sabía, un espíritu nuevo y vengativo estaría alzándose del cuerpo del barquero en ese mismo instante.

Tan solo cuando el grupo desapareció en la temprana bruma de la tarde, Milo se aventuró a salir y colocó una manta con cuidado sobre el hombre mayor que yacía en el suelo. Intentó pensar, pero tenía la mente fría e inestable.

Milo sintió un hormigueo por el cuello y la espalda. Sin mirar a su alrededor, podía percibir que había algo tras él. Hablaba. Estaba casi seguro de que hablaba. Sus oídos no captaban ningún sonido, pero las palabras que no oía dejaban un incómodo rastro en su cabeza, como el ambiente de un sueño al despertarte.

Quería huir, pero no lo hizo. ¿Y entonces? ¿Qué les pasaría a todos los muertos que necesitaban emprender su último viaje?

«No hay barquero y tienen a Leif prisionero. Tan solo quedo yo».

No podría engañar al lord durante mucho tiempo. En cuanto llegaran al final del sendero en la playa, se daría cuenta de que Leif estaba mintiendo y regresaría a la casa. Con las manos temblorosas, Milo empezó a desatar las botas de su padre. No se había percatado antes de lo gastadas que estaban ni de las muchas veces que las habían reparado.

Las personas eran como los zapatos. A veces se les descosían las costuras y se les despegaban las suelas, y no lo veías venir.





En la isla de Merlank no está permitido que se queden los muertos. Sus fantasmas pueden matarte solo con verlos. Cuando el joven Milo se ve obligado a convertirse en el barquero tras el fallecimiento repentino de su padre, tendrá la tarea de llevarse a los muertos de allí.

Perseguido por un lord vengativo y dos magos malignos, Milo navegará por unos extraños y peligrosos mares donde se susurran en la niebla amenazas no pronunciadas. ¿Tendrá el valor y la imaginación suficientes para llevar a cabo su imperiosa misión?

Una novela cautivadora escrita por Frances Hardinge, ganadora del Premio Costa, con evocadoras ilustraciones de Emily Gravett, dos veces ganadora de la medalla Kate Greenaway.

